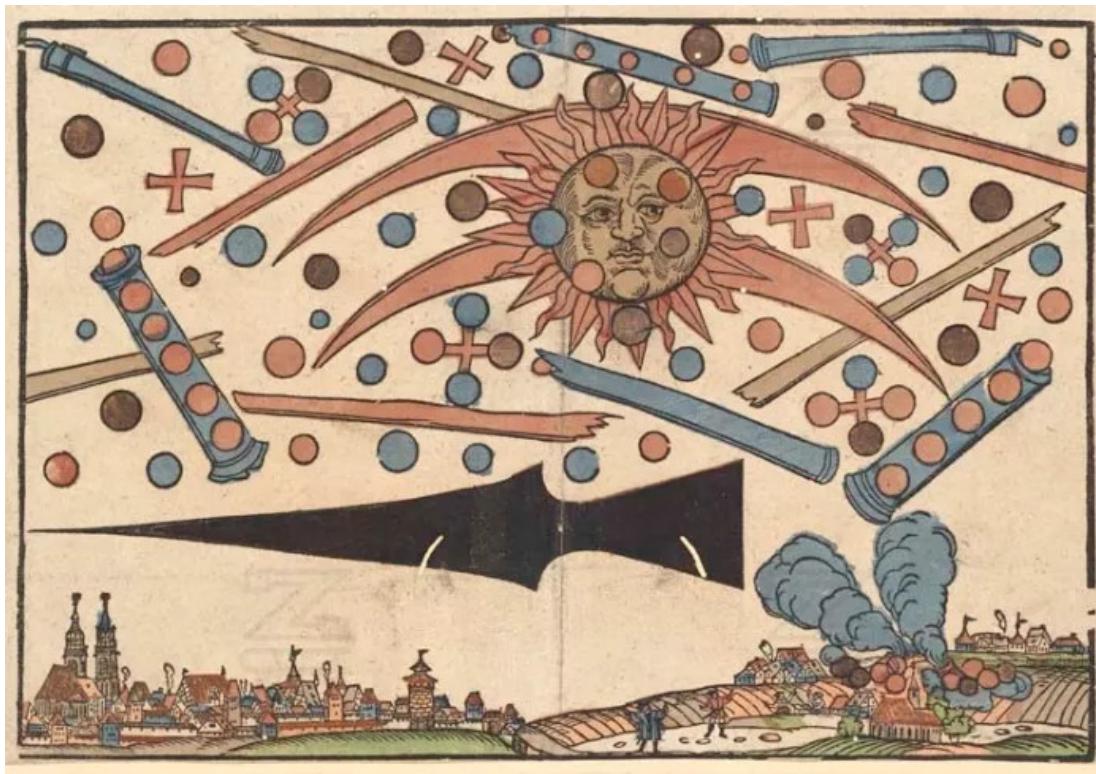


La Gran Batalla en el Cielo de Núremberg



A la hora en que los primeros rayos del sol tiñen de rosa los tejados de tejas rojas de Núremberg, en este martes 14 de abril de 1561, los madrugadores que abren sus tiendas y puestos de mercado no tienen razón alguna para esperar que el cielo esté a punto de ofrecerles el espectáculo más extraño de sus vidas. Sin embargo, apenas amanece, un estremecimiento de terror corre de calle en calle, de ventana en ventana.

Lo que las crónicas de la época describen con una precisión asombrosa — y un terror no disimulado — se parece menos a un fenómeno natural que a una demostración de poder venida de otro lugar. Decenas, quizás centenares de ciudadanos son testigos oculares. No es un sueño ni una visión mística: es un acontecimiento colectivo, anclado en la realidad material del cielo bávaro.

Lo que los ojos contemplaron

Los testigos describen de forma unánime la aparición de dos gigantescos cilindros negros desplazándose por las alturas. De estas colosales estructuras brotan enjambres de objetos más pequeños: esferas azul-negras, cruces de color sangre, discos de un blanco deslumbrante. El cielo de Núremberg aquella mañana ya no es un vacío azul — es un escenario bullicioso de entidades desconocidas en movimiento.

Entonces comienza lo que los contemporáneos solo pueden describir en términos de combate. Las formas chocan, se enfrentan, giran en un ballet violento e incomprensible. El acontecimiento dura casi una hora. Concluye de manera no menos espectacular: varios de los objetos parecen lanzarse directamente hacia el disco solar y desvanecerse en él. Otros caen en los límites de la ciudad.

Documento de Archivo — Gaceta de Núremberg, 14 de abril de 1561

«[...] aproximadamente 3 en longitud, de vez en cuando cuatro en cuadrado, muchos permanecían aislados, y entre estas bolas se veía una cantidad de cruces del color de la sangre. Luego se vieron dos grandes tubos, en los que había tubos pequeños y grandes, así como 3 bolas, y también cuatro o más. Todos estos elementos comenzaron a combatir unos contra otros.»

El fenómeno no queda sin registro escrito. Hans Glaser, impresor de oficio, publica el 14 de abril de 1561 — ese mismo día — un grabado en madera acompañado de un texto que relata los hechos. Este documento, conservado en los archivos de la Zentralbibliothek de Zúrich, constituye hasta hoy una de las primeras descripciones ilustradas de un fenómeno aéreo inexplicado en la historia occidental.

Un texto, tres siglos de enigma

¿Qué debemos leer en esta gaceta de 1561? Durante generaciones, el texto de Hans Glaser fue catalogado entre las curiosidades de la imprenta antigua — un testimonio de la credulidad medieval, dirán unos; una alegoría religiosa, argumentarán otros. Los historiadores especializados en la historia de las mentalidades ven en él ante todo el reflejo de una época en que el cielo era percibido como el dominio de Dios, los ángeles y los presagios.

Pero a partir del siglo XX, una nueva mirada se posa sobre este documento. Los ufólogos — investigadores especializados en fenómenos aéreos no identificados — ven en él uno de los testimonios más antiguos y mejor documentados de un encuentro con objetos voladores no identificados. El propio Carl Jung, en su ensayo de 1958 dedicado a los «platillos voladores», menciona este caso como ejemplar de la manera en que las creencias colectivas moldean la percepción de eventos extraordinarios.

Las hipótesis ante el misterio

Las explicaciones racionales propuestas por los científicos contemporáneos no faltan. Algunos meteorólogos invocan un fenómeno de tipoparhelio— esos «falsos soles» producidos por la refracción de la luz a través de cristales de hielo suspendidos en la atmósfera. Otros se inclinan por rayos globulares, auroras boreales de baja latitud, o una lluvia de meteoritos excepcionalmente densa.

Sin embargo, estas explicaciones tropiezan con la duración del fenómeno — una hora entera — y con la coherencia de las descripciones entre los distintos testigos. La variedad de formas reportadas (cilindros, esferas, cruces, discos), su aparente movimiento y su combate descrito en términos casi tácticos son difíciles de reconciliar con un único fenómeno atmosférico. El asunto de Núremberg permanece, cinco siglos después, archivado sin respuesta definitiva.

Núremberg no está sola

Lo que hace el asunto de Núremberg aún más perturbador es que no está aislado. En el verano de 1566, la ciudad suiza de Basilea vive un fenómeno similar: numerosos testigos ven esferas negras llenar el cielo y enfrentarse ante el sol naciente. Un grabado de Samuel Apiarius inmortaliza a su vez este episodio. Dos ciudades, dos grabados, dos testimonios convergentes — con cinco años de diferencia.

Fenómenos celestes inexplicados son igualmente relatados en los anales japoneses del siglo XVII, en crónicas eclesiásticas irlandesas de la Edad Media, y en varios textos de la Antigüedad. La humanidad no esperó a la era espacial para escrutar el cielo con perplejidad.

Un cielo que aún habla

Hoy, cuando los gobiernos de Estados Unidos, Reino Unido y Francia desclasifican progresivamente sus expedientes sobre fenómenos aéreos no identificados — rebautizados discretamente como UAP, *Unidentified Aerial Phenomena* — el asunto de Núremberg recupera una relevancia inesperada. Recuerda que la pregunta no es nueva.

Aquella mañana del 14 de abril de 1561, los habitantes de Núremberg no disponían de radares, ni teléfonos inteligentes, ni satélites. Solo tenían sus ojos, su memoria y su pluma. Y lo que vieron — cilindros, esferas, cruces, discos, combate y caída — sigue desafiando nuestra comprensión del mundo. Quizás eso sea lo esencial: que ciertas

preguntas, a través de los siglos, permanecen abiertas.

O.V.N.I. - 30 mai 2026 - Wakonda - CC BY 2.5